

tos es una costumbre bastante inconveniente, y ya en cierta ocasión lo había advertido Alicia, la de que, sea lo que fuere lo que se les diga, siempre ronroneen.

—Si para decir «sí» ronronearan, y maullaran, o algo por el estilo, para decir «no», había dicho una vez, se podría conversar con ellos. ¿Pero cómo se puede mantener una conversación con quien siempre dice lo mismo?

En esta oportunidad Kitty ronroneó únicamente, y por lo tanto era imposible adivinar si era «sí» o «no» lo que decía.

Alicia revolvió todas las piezas del ajedrez que había sobre la mesa hasta dar con la reina roja; se arrodilló sobre la alfombra y la puso frente al minino para que se vieran bien.

—Y ahora, Kitty — dijo batiendo palmas triunfalmente —, confiesa en que te convertiste.

Pero Kitty volvió la cabeza y no quiso ni mirarla. Sin embargo, se le notaba algo avergonzada de sí misma. — Por lo tanto, deduje que *debió* haber sido la reina roja — decía después Alicia al contarle el caso a su hermana.

—¡Ponte más derecha, querida! — exclamaba Alicia riéndose a carcajadas —. ¡Y haz una reverencia mientras discurre lo que tienes que ronronear! Esto ahorra tiempo. Recuérdalo.

Y la levantó en alto, dándole un beso en honor y memoria de haber sido reina roja —. ¡Oh mi adorada Copo de Nieve! — prosiguió mientras miraba por encima del hombro la gatita blanca, que, tranquila y paciente, continuaba soportando el tormento de su *toilette* —. ¿Cuándo querrá Dina terminar con su majestad blanca, me pregunto? ¿Debe ser ésa la razón de que en mi sueño estuvieras tan desaseada... Dina, ¿no sabes que estás alisándole el pelo a la reina blanca? ¡En realidad tu



proceder es del todo ir-
tarme: ¿en qué estarí
charlando, mientras con
mente echada en la alfo
la barbilla en el huec
¿no serías acaso Humpt